Pero no consintais que las sugestiones de la pusilanimidad esclavicen vuestro entendimiento: el peligro de la dejadez es segun la probabilidad de una obligacion que hallais muy pequeña cuando la considerais con independencia; y esta pequeñez sube de punto cada vez mas. Abrid vuestro corazon á la influencia de la luz que de cuando en cuando os ilumina: si os importunan los escrúpulos cuya vanidad conoceis en vuestros momentos lúcidos, no os detengais en conversaciones, sino volad al trabajo, ó al encuentro de Pekuah, y guardad siempre fijo en vuestra memoria este pensamiento: que solamente sois un átomo de la masa de la humanidad, y no teneis virtudes ni vicios que os distingan para merecer favores ó desprecios.

CAPÍTULO XLVII.

Entra el príncipe y cambia la conversacion.

—Con harta frecuencia he reflexionado sobre todo lo que acabais de decir, contestó el astrónomo; pero como há tanto tiempo que una idea incontrastable y opresora subyuga mi entendimiento, este no se atreve á confiar en sus propios juicios. Ahora discierno cuán fatalmente he vendido mi reposo, permitiendo que vanas quimeras me tengan secretamente esclavo; pero la tristeza huye de la comunicacion, y nunca hallé á un hombre á quien participar mis inquietudes, por

mas cierto que estuviese de recibir consuelos. Me alegro de que vuestras opiniones confirmen las mias, pues vos no os engañais fácilmente, ni teneis motivo ni intencion de engañar á nadie. Yo espero que el tiempo y la mudanza disiparán la tristeza que durante tanto tiempo me ha oprimido, y que el resto de mi existencia se deslizará pacíficamente.

—Vuestro saber y vuestra virtud, repuso Imlac, pueden inspiraros justas esperanzas.

En esto entró Raselas con la princesa y Pekuah, y preguntó si habian discurrido nuevas diversiones para el dia siguiente.

—Es tal la condicion de la vida, dijo Nekayah, que nadie es feliz sino con la anticipacion de la mudanza; la mudanza en sí no es nada, y cuando la efectuamos, el siguiente deseo es variar otra vez. El mundo aun no está exhausto de novedades para mí: vea yo mañana algo que no haya visto nunca.

—La variedad es tan necesaria á la dicha, contestó Raselas, que hasta el *valle feliz* me disgustaba por sus constantes placeres; pero no podia menos de reprocharme vivamente cuando veia que los frailes de San Antonio soportaban sin quejarse una vida, no de monótonas delicias, sino de penalidades monótonas.

—Aquellos hombres, observó Imlac, son menos infelices en su solitario convento, que los príncipes abisinios en su cárcel del placer. Todo lo que hacen los frailes reconoce un

motivo adecuado y razonable. Sus fatigas les crean necesidades; fatigas de que no pueden prescindir, pero que son ciertamente galardonadas. Su devocion les prepara para otro estado, y les recuerda su aproximacion, mientras esa misma devocion les hace dignos de él. Su tiempo está distribuido con regularidad: un deber sucede á otro, de modo que no pueden entregarse á una distraccion mal gobernada, ni perderse en las sombras de una indiferente inaccion. Para cada hora tienen señalado un trabajo oportuno, y sus tareas son alegres porque las consideran como actos de piedad, por cuya mediacion van siempre caminando á la felicidad perdurable.

—¿Crees, preguntó Nekayah, que la regla monástica es el estado mas santo y menos imperfecto que otro cualesquiera? ¿No puede igualmente esperar la felicidad futura el que habla sencillamente con sus semejantes, alivia al necesitado con su caridad, instruye al ignorante con su sabiduría, y coadyuva con su industria al sistema general de la vida, aun cuando omita algunas de las mortificaciones practicadas en el claustro, y se permita los inocentes placeres de que su condicion le hace susceptible?

—Cuestion es esta, contestó Imlac, que há mucho tiempo viene dividiendo á los sabios y poniendo perplejos á los buenos. En cuanto á mí, temo emitir mi opinion. El que vive bien en el mundo, está mejor que el que vive bien en un monasterio; pero tal vez no á todos les es dado resistir á las

tentaciones de la vida mundanal: y si no pueden vencer, pueden retirarse oportunamente. Algunos tienen pocas semillas para sembrar el bien, y tambien poca fuerza para resistir el mal. Muchos se cansan de gemir en la adversidad, y desean expulsar las pasiones de que tan vanamente y por tanto tiempo han sido juguetes; y muchos tienen que separarse, por la edad y los achaques, de los deberes mas trabajosos de la sociedad. En los monasterios el desvalido y el tímido pueden felizmente hallar amparo, el cansado reposo, y el penitente horas de meditacion. Esos retiros de contemplacion y plegarias tienen tanto atractivo para la humanidad, que quizá no hay nadie que no se proponga encerrar su vida en una piadosa abstraccion con algunos compañeros tan formales como él.

—Tal ha sido muchas veces mi deseo, dijo Pekuah, y he oido á la princesa declarar que no moriria voluntariamente en el seno de la muchedumbre.

—No se trata de controvertir sobre la libertad de emplear los placeres inocentes, prosiguió Imlac; pero aun falta saber qué placeres son inocentes. El mal de cualquier placer que Nekayah pueda imaginarse, no se oculta en el placer mismo, sino en sus consecuencias. El placer, hasta en su propia inocencia, puede hacerse perjudicial, encareciéndonos un estado probatorio y efímero, y alejando nuestros pensamientos de aquel á cuyo principio las horas nos avecinan, y á cuyo término no nos impelerá nunca la fuerza del tiempo. La mor-

tificacion no es esencialmente virtuosa, y solo sirve para robarnos á los halagos de los sentidos. En el estado de futura perfeccion por que todos suspiramos, habrá placer sin peligros, y seguridad sin límites.

La princesa estaba silenciosa, y Raselas, volviéndose al astrónomo, preguntóle si podria diferir el retiro de su hermana, mostrándola alguna cosa que aun no hubiese visto nunca.

—Tan general ha sido vuestra curiosidad, dijo el sabio, y tan ardiente vuestro afan de saber, que ya es muy difícil hallar novedades para vosotros; pero lo que no podeis obtener de los vivos, quizá los muertos lo ofrezcan. Entre las maravillas de este país se cuentan las catacumbas, ó antiguos depósitos, en que descansan los restos de las mas remotas generaciones, y donde aun permanecen incorruptos por la virtud de las gomas que los embalsaman.

—Ignoro qué placer puede causar la vista de las catacumbas, dijo Raselas; pero ya que nada mas se ofrece, me decido á visitarlas, y pondré esto en el número de otras muchas cosas que he hecho, solo por el gusto de hacer algo.

Alquilaron un piquete de hombres de á caballo, y al dia siguiente visitaron las catacumbas. Cuando iban á descender á las cuevas sepulcrales:

—Pekuah, dijo la princesa, ya ves que estamos invadiendo otra vez la mansion de los muertos, y como sé que deseas quedarte fuera, quisiera hallarte salva al volver á verte.

—No; esta vez no quiero quedarme, contestó Pekuah; bajaré entre tú y el príncipe.

Entonces descendieron todos y recorrieron asombrados aquel laberinto de corredores subterráneos, guarnecidos por dos hileras de cadáveres.

CAPÍTULO XLVIII.

Imlac filosofa sobre la naturaleza del alma.

—¿Qué razon puede darse, preguntó el príncipe; por qué conservarian tan costosamente los egipcios los cadáveres, que algunas naciones arrojan á las llamas, otras confunden con la tierra, y todas concuerdan en apartar de la vista, luego de celebrados los ritos de costumbre?

—El orígen de los usos antiguos es generalmente desconocido, respondió Imlac: extinguida la causa, casi siempre continúa el efecto, y relativamente á las ceremonias supersticiosas, toda conjetura es punto menos que estéril, pues lo que la razon no puede dictar, tampoco puede explicarlo la razon. Yo creo que la costumbre de embalsamar nace solo del amor á los restos de los deudos ó amigos, y me inclino tanto mas á esta opinion, cuanto que parece imposible que este cuidado fuese general: si todos los muertos hubiesen sido embalsamados, con el tiempo habrian ocupado mas espacio que los vivos. Estoy persuadido de que solo se pre-

servó de la corrupcion á los ricos y los nobles, y que los demás fueron abandonados á la accion de la naturaleza.

Pero comunmente se supone que los egipcios creian que el alma vivia hasta que se descomponia el cuerpo, y por eso ensayaban este método de evitar la muerte.

—¿Es posible, dijo Nekayah, que los egipcios creyesen tal absurdo respecto del alma? Si el alma podia una vez sobrevivir á su separacion, ¿qué perjuicio habia de inferirla despues el cuerpo?

—Los egipcios pensaron sin duda erróneamente, dijo el astrónomo, cuando reinaban las tinieblas del gentilismo y brillaban los primeros albores de la filosofía. La naturaleza del alma aun se pone en tela de juicio en los debates mas lúcidos de los sabios, y algunos hasta dicen que es material, creyéndola empero inmortal.

—Verdad es que algunos han dicho que el alma es material, contestó Imlac; pero apenas puedo creer que nadie lo haya pensado, si pensar sabe; pues todas las conclusiones de la razon demuestran la inmaterialidad del alma, y todas las observaciones del buen juicio y las investigaciones de la ciencia contribuyen á probar que la materia carece de sentimiento.

Jamás se ha supuesto que el pensamiento sea inherente á la materia, ó que cada partícula sea un ente pensador. Además, si alguna parte de la materia está exenta de pensar, ¿en qué parte supondremos el pensamiento? La materia difiere de

la materia solo en la forma, densidad, volúmen, movimiento y direccion del movimiento: ¿á cuál de estos, aunque variados ó combinados, va unido el sentimiento? El ser redondo ó cuadrado, sólido ó líquido, grande ó pequeño, el moverse lenta ó rápidamente hácia una ú otra parte, son modos de existencia material. Si la materia existe una vez sin pensamiento, solo una nueva modificacion puede habilitarla para pensar, y todas las modificaciones que puede admitir son igualmente inconexas con las facultades mentales.

—Pero los materialistas, dijo el astrónomo, se obstinan en sostener que la materia puede tener cualidades que no conocemos.

—Entonces, replicó Imlac, se declaran contra lo que conocen, solo porque hay algo que dejan de conocer. El que sienta posibilidades hipotéticas contra la certeza reconocida, no es digno de pertenecer al número de los racionales. Todo cuanto sabemos de la materia, consiste en que la materia es inerte, insensible, y carece de vida; y si esta conviccion solo puede combatirse por medio de lo que no sabemos, tenemos toda la evidencia que al juicio humano le es dado admitir. Si aquello que no se sabe ha de triunfar de lo sabido, preciso es confesar que nadie, á no ser omnisapiente, puede llegar á la certidumbre.

—Sin embargo, objetó el astrónomo, no limitemos arrogantemente el poder del criador.

—No es limitar su omnipotencia, replicó el poeta, supo-

ner que una cosa no es compatible con otra; que la misma proposicion no puede ser verdadera y falsa á la vez; que el mismo número no puede ser par é impar; que el pensamiento no puede ser una facultad conferida á lo que se creó incapaz de pensar.

—Ignoro la importancia de esta cuestion, dijo Nekayah. Esa inmaterialidad que en mi concepto has probado con suficiencia, ¿incluye necesariamente la duracion eterna?

—Nuestras ideas sobre la inmaterialidad, contestó Imlac, son negativas, y por consiguiente oscuras. Parece que la inmaterialidad implica el atributo natural de una perpétua duracion, como un efecto de la exencion de toda causa de decadencia: lo que perece es destruido por la solucion de su contextura, y por la separacion de sus partes; y nos es imposible concebir cómo puede corromperse ó malearse naturalmente lo que no tiene parte alguna.

—Lo que no puedo concebir, observó Raselas, es que exista alguna cosa sin extension. Lo que se extiende debe de tener partes, y tú confiesas que todo lo que las tiene es perecedero.

—Examina tus concepciones, dijo Imlac, y la dificultad será menor. Seguramente hallarás sustancia sin extension. Una forma ideal no es menos verdadera que el volúmen de cualquier materia; pero una forma ideal carece de extension. Cuando piensas en una pirámide, tu mente posee la idea de tal pirámide; y esto es tan cierto, como que la pirámide

misma existe en pié. ¿Ocupa la idea de una pirámide mas espacio que la de un grano de arena? ¿Pueden ambas ideas sufrir menoscabo? Tal efecto, tal causa: tal pensamiento, tal facultad del que piensa; facultad indestructible y exenta del influjo de las cosas externas.

—Pero el Sér, dijo Nekayah, á quien temo nombrar, el Sér que creó el alma, puede destruirla.

—Indudablemente puede destruirla, contestó Imlac, toda vez que, aunque imperecedera, recibe de una naturaleza superior el privilegio de la eternidad. Que el alma no perecerá por ninguna inherente causa de destruccion, ó por ningun principio de corrupcion, la filosofía puede patentizarlo; pero la filosofía no puede decir mas. Que no será aniquilada por el que la creó, debemos aprenderlo de una autoridad mas elevada.

Todos los circunstantes permanecieron un rato silenciosos y meditabundos.

—Salgamos, dijo Raselas, de esta lúgubre escena. ¡Cuán tristes deberian de ser estas mansiones de los muertos para el que no sabia que nunca habria de morir; que lo que ahora obra, continuará su operacion; y que lo que ahora piensa, pensará por los siglos de los siglos! Los que yacen aquí tendidos ante nosotros, los sabios y los poderosos de los tiempos antiguos, nos advierten que recordemos lo fugaz de nuestro actual estado: quizá fueron arrebatados de este mundo mientras se ocupaban como nosotros en la eleccion de vida.

—Para mí, dijo la princesa, se ha hecho menos importante la eleccion de vida; de hoy mas, solo pensaré en la eleccion de eternidad.

Entonces salieron prontamente de las cavernas, y regresaron al Cairo escoltados por su guardia.

CAPÍTULO XLIX.

Conclusion en que nada se concluye.

Habia llegado la época de la inundacion del Nilo, y pocos dias despues de la visita hecha á las catacumbas, el rio empezó á salir de madre.

Los príncipes y sus amigos no podian salir de su casa. El país enteramente inundado no les invitaba á salir á paseo; y teniendo muchas cosas de que hablar, entreteníanse con comparaciones de las diferentes clases de vida que habian observado, y con los diversos planes de felicidad que cada uno formara.

Pekuah no hallaba absolutamente un lugar que la agradase tanto como el convento de San Antonio, donde el árabe la devolvió á la princesa, y su mas vivo deseo era llenarlo de piadosas vírgenes y merecer el nombramiento de priora de la órden. Se hallaba cansada de esperar y sufrir, y habria tomado alegremente un estado invariable.

La princesa creia que de todas las cosas sublunares, la

sabiduría es la mejor: primeramente deseaba aprender todas las ciencias, y en seguida se proponia fundar un colegio de mujeres sabias, dirigido por ella, á fin de que, conversando con las ancianas y educando á las jóvenes, pudiese dividir el tiempo entre la adquisicion y comunicacion de la sabiduría, y formar para el próximo siglo modelos de prudencia y dechados de piedad.

El príncipe deseaba un pequeño reino donde administrar justicia por sí mismo, y ver con sus propios ojos todos los distritos de su gobierno; pero nunca podia fijar los límites de sus dominios, y aumentaba contínuamente el número de sus súbditos.

Imlac y el astrónomo se contentaban con seguir la corriente de la vida, sin dirigir su rumbo á ningun puerto particular.

Ciertamente estaban persuadidos de que no podian realizar ninguno de estos deseos, pues habiendo deliberado un momento sobre lo que convenia hacer, resolvieron volver á Abisinia luego que cesara la inundacion del Nilo.

FIN DE LA HISTORIA DE RASELAS.